

FONDO Y FORMA DE AMERICA

El conflicto de Nuestra América es ante todo, un *conflicto de fondo y forma*. Del fondo, que es la Nación, el Pueblo; y la forma, que es el Estado. La historia nos indica que el progreso y la salud son posibles en los Estados, cuando el aparato estatal corresponde a la esencia del Pueblo, como en Grecia y Roma, ayer, como en Suiza, Inglaterra, Rusia, hoy.

América tiene un espíritu poderoso e intacto, envuelto por una amalgama de prejuicios intolerables, de intereses mezquinos que retrasan su obra. Y los que pretenden juzgar a América por su "forma", por un grupo, incurren en un grave error.

El profesor francés y economista de fama mundial, André Siegfried, apunta en su libro "América Latina" que en nuestro continente sólo hay una pequeña minoría blanca, la cual gusta de hablar francés; pero que la enorme mayoría permanece al margen de ese grupo selecto, que, a su vez no mantiene contacto con aquellos a quienes pretende representar y, por ende, gobernar. Añade Siegfried que nunca encontró países en los cuales se invoque más la ley que en los de Indoamérica, precisamente porque de nuestro continente la ley se cumple... hablando de ella, pero no poniéndola en práctica, o meramente observando sus fórmulas sin tocar su sustancia, ni más ni menos que en Bizancio o en toda civilización que se disgrega, que se va... Pero, América no se disgrega, sólo ahora empieza a congregarse. América no se va; llega. De donde resulta que hay en ella algo que se disgrega y que se va, y eso que se va y se disgrega, eso es su forma, eso es su minoría representativa, eso es su aspecto de urbanidad, que no es lo mismo que su esencia civilizada ni que su cultura. La cultura no consiste en el arte

de sentarse bien ante la mesa, sino, acaso, comienza por no tener mesa ni qué servirse en ella, cuando la hay.

Corroborando las observaciones de Siegfried, un escritor francés joven, perteneciente a la promoción del formidable André Malraux, me refiero a Renaud de Jouvenel, que acaba de transitar tentamente por el Continente, me decía pensativamente: "No he visto en ninguna parte del mundo, lo que he encontrado en América: el divorcio tan grande entre el Estado, como entidad representativa, y el Pueblo. Son dos nociones distintas, van a chocar. Y cuando se realice, quién sabe la forma terrible que asuma el conflicto... Vengo de México, de Centro América, he estado en Venezuela, después de la muerte de Gómez, he pasado por Colombia, por Ecuador, por Perú, y sigo mi recorrido... Yo creo —me agregaba Jouvenel— que las conmociones que esperan al continente americano van a ser tremendas, creo que son inevitables y hasta llego a creer que algunas pueden ser justas".

Muchas veces he recordado estas palabras de Renaud de Jouvenel y ahora se me vienen a las mientes con más agudeza que nunca. Porque ellas resumen la realización de Indoamérica, y porque ellas anuncian el advenimiento de un auténtico espíritu americano, que tiene que amasarse con masa de Pueblo, con levadura de fe, con sal de esperanza y en moldes nuestros. El conde de Keyserling, el gigantesco y heliogabálico profeta de Darmstadt, escribe en la introducción a sus "Meditaciones sudamericanas" estas palabras singulares: "Si pasado el período norteamericano no llega el período ibérico, culpa será de la posible pereza y del posible indiferentismo de los españoles e hispanoamericanos". Y así es. Sólo la culpa nuestra será no desarrollar nuestra cultura y no dejar el sello de nuestro espíritu sobre el mundo. Pero, sobre todo, será culpa de la pereza de quienes, por no alterar el ritmo de sus lentas y laboriosas digestiones, prefieren sacrificar nuestro porvenir o colocan a

Indoamérica en el dramático dilema de insurgencia o muerte.

La tarea ineludible que nos corresponde a todos no se dilata con arreglos circunscritos, ni se resuelve en asambleas o convenciones circunscritas. Ni en lo externo ni en lo interno. En lo primero ya sabemos cuál es la experiencia dolorosa de la Sociedad de las Naciones, y cómo en Indoamérica fracasó el intento unificador de Bolívar, en 1826, porque pretendió hacerlo con sólo el concurso de los diplomáticos y los dirigentes políticos, sin consultar la opinión de los pueblos. En lo segundo, porque América, hambrienta de democracia efectiva, preparada por un siglo de dolor y desengaños para una tarea de sacrificio y de esclarecimiento, tras del cual está el triunfo del Continente Americano, no puede resignarse a las "juntas de médicos" que resuelven la salud del enfermo, sólo de acuerdo con sus libros, pero sin calcular las reservas y toxinas del cuerpo sobre el cual operan. El espíritu americano, en lo político, es esencialmente democrático y está reñido con las reuniones de parientes o compadres con pretensiones de asambleas totalitarias, así como está reñido con las reuniones de doctores que tratan de resolver guerra o paz —interna o externa— sin consultar otra cosa que sus prejuicios o intereses. El fracaso del panamericanismo, desde 1888, en que empezó a funcionar, se ve palpablemente hoy día, como se ve el fracaso de todo aquello que no sea una auténtica consulta democrática en esta tierra de la que aprendieron a ser libres, los mismos que luego vinieron a enseñarnos a serlo: Lafayette y los revolucionarios de Francia.

Entonces, estuvo de moda en la literatura identificar a América con la libertad. Cuando los amantes de "Manon Lescaut" anhelaron disponer de su propio albedrío, zarparon hacia América, la tierra de la libertad. Frente a Voltaire, Marmontel citaba a América como la región de la dicha y de la libertad. Nacimos para ser li-

bres, con la libertad como mito y numen tutelar; fuerza será conservar o recuperar la libertad, cifra de nuestro blasón heráldico.

Y es que, por esa oposición de forma, de Estado y Pueblo, Indoamérica ha vivido en una negación de su propia realidad, atenta a los intereses y predilecciones de su "forma", de su "envoltura", de su "minoría" que, a diferencia de otras minorías, ha carecido y carece de orientación propia, de sentido vertical de su destino.

Nuestras avanzadas de derecha piensan en ser como Maurras. Nuestras avanzadas de izquierda, sueñan en ser como Lenin. Tenemos multitud de embriones de Mussolinis, Hitlers, Azañas y Stalines criollos, pero la actitud servil de esa minoría, vuelta sólo a Europa, ha impedido que caemos hondo en nuestra esencia, en nuestro fondo, en nuestro Pueblo, en la auténtica Nación.

De ahí que cuando, por ejemplo, apareció el fenómeno de la revolución agraria mexicana, o cuando surge como doctrina y táctica Haya de la Torre y el aprismo, o cuando se perfila el interesante experimento del liberalismo colombiano, el "fondo" de Indoamérica se interese por ello, pero, la "forma" trata de negarles beligerancia. Menos mal que día a día se adelgaza la corteza —la forma— y aparece, transparente ya la jugosa pulpa de nuestra sustancia popular americana.

Esa minoría nos ha enseñado a imitar, no a superar. Hace poco, el gran escritor norteamericano Ernest Hemingway publicó un diálogo entre un aprendiz a escritor y un maestro. Este aconsejaba a aquél que leyese cierto número de obras significativas. Y ante la pregunta muda del discípulo, agregó: "Entonces te será dado saber qué es lo que debes superar". Nuestra minoría culta, los que pretenden manejar los asuntos americanos, en asambleas familiares y en grupos de amigos y compadres, debieran recordar esas palabras que el pueblo indoamericano ya practica: leemos y aprendemos los ejem-

plos exteriores para saber lo que tenemos que superar, y no lo que tenemos que imitar. ¡Ay de los criollos Lenines, Hitlers, Mussolinis y Stalines! Más les valiera mirar nuestra realidad, como lo ha hecho Haya de la Torre, la revolución mexicana, el liberalismo colombiano, etc., y preferir su autenticidad, que es hondura y que es acierto, que es el encuentro efectivo del espíritu americano, y no aquella actitud servil, de grandes señores que viven de prestado aparentando lo que en realidad no son.

A Indoamérica hay que buscarla en su esencia. En el fondo. Más allá o dentro del conflicto de fondo y forma, de Estado y Pueblo. Pero, de ningún modo fuera de ese choque que ya nadie puede eludir.

Luis Alberto Sánchez.

NOMINA DE LOS INDIVIDUOS DE NUMERO

- 1.—Dr. Alejandro Urbaneja.
- 2.—Dr. Tomás Liscano.
- 3.—Dr. Diego Godoy Fonseca.
- 4.—Dr. Diego Bautista Urbaneja.
- 5.—Dr. Francisco Gerardo Yanes.
- 6.—Dr. Francisco Arroyo Parejo.
- 7.—Dr. Alejandro Pietri.
- 8.—Dr. Carlos F. Grisanti.
- 9.—Dr. José Ramón Ayala. (Por recibirse).
- 10.—Dr. Cristóbal L. Mendoza.
- 11.—Dr. José Santiago Rodríguez.
- 12.—Dr. Esteban Gil Borges.
- 13.—Dr. Carlos Jiménez Rebolledo.
- 14.—(Sillón vacante).
- 15.—Dr. Juan de Dios Méndez y Mendoza.
- 16.—Dr. Cristóbal Benítez.
- 17.—Dr. Juan Bautista Bance.
- 18.—Dr. Francisco Vetancourt Aristeguieta.
- 19.—Dr. Pedro Miguel Reyes.
- 20.—Dr. Arminio Borjas.
- 21.—Dr. Juan José Mendoza.
- 22.—Sr. Rafael Martínez Mendoza.
- 23.—Dr. José Gil Fortoul.
- 24.—Dr. Guillermo Tell Villegas Pulido.
- 25.—Dr. Julio Blanco Uztáriz. (Por recibirse).
- 26.—Dr. Pedro M. Arcaya.
- 27.—Dr. Carlos Alamo Ibarra. (Por recibirse).
- 28.—Dr. E. Urdaneta Braschi. (Por recibirse).
- 29.—Dr. Lorenzo Herrera Mendoza.
- 30.—Dr. V. Márquez Bustillos.
- 31.—Dr. G. Manrique Pacanins.
- 32.—Dr. Celestino Farrera.
- 33.—Dr. R. Marcano Rodríguez.
- 34.—Monseñor Nicolás E. Navarro.
- 35.—Dr. Félix Montes. (Por recibirse).

